

Publicar la intimidad. Las escrituras del “yo” y su desplazamiento de lo público a lo privado

María Laura Peón

Universidad Nacional del Nordeste
mlaurapeon@yahoo.com.ar

Resumen: La literatura contemporánea da cuentas del llamado “giro subjetivo”. De los géneros biográficos al lugar borroso de la autoficción, la escritura ha hecho del sujeto y de la vida privada un asunto de exploración. La pérdida de funcionalidad de la dinámica de lo público y lo privado que explicaba la vida de los sujetos obliga a reconstruir el sistema de coordenadas y a resignificar el lugar del sujeto en el sistema. Los espacios público y privado se desplazan uno sobre otro. Así, los criterios y las formas de validación fundantes de lo privado ocupan y alteran el espacio público. Las escrituras de vida y, en particular la autoficción, reclaman lecturas en los límites de la referencia extratextual construyendo un espacio de veridicción que desrealiza el extratexto transformándolo en un lugar de negociación. Las “escrituras del yo”, con la construcción de espacios biográficos de (auto)referencia, constituyen instantes de detención que revelan el mecanismo de producción de sentido. Operan recursivamente, se leen como movimientos del sujeto sobre sí mismo.

Palabras clave: Autobiografía – Sujeto – Escritura – Espacio Público

Abstract: The contemporary literature answers to the so-called “subjective turn”. From biographic genres to the fuzzy place of autofiction, writing has made from the self and private life a matter of studies. The loss of functionality of public-private dynamics that explained human life makes us rebuild the coordinates system and resignify the place of the self in the system. Private and public spaces displace one over another. In that way, criteria and validation of private structures occupy and alter the public space. Writings of life and, in particular autofiction, demand readings in the boundaries of extratextual references creating a place of veridiction that derealizes the extratext transforming it in a negotiation space. The “writings of the self”, with the construction of biographic spaces of (self)reference, are moments of detention that reveal the sense mechanism. They perform recursively, they are interpreted as movements of the subject upon itself.

Keywords: Autobiography – Self – Writing – Public Space

Escribir “yo”

La cuestión inicial se reduce siempre a la misma pregunta: ¿Quién dice “yo” en el discurso? Y la respuesta es un abismarse en un movimiento recursivo que intenta poner historia, cuerpo y afectos en ese yo. Las semiosis del “yo” consisten en ese movimiento sin fin que implica reconocer el sujeto siempre esquivo, siempre otro, de la enunciación. Las lecturas del “yo” deconstruyen sujeto; recuperan una hondura que se instala como un espacio de interioridad en el que se reconoce el sujeto discursivo.

Las llamadas narrativas o escrituras del yo, sin reparar en las diferencias cada vez menos funcionales entre autobiografía y autoficción, hacen evidente el movimiento de hacer el mundo, de intencionalarlo y de comunicarlo en discurso. Un mundo íntimo¹, de sólo sujeto, vivenciado en la dinámica de lo privado que se hace público, y que se ofrece a los otros desde la escritura. El acto de escribir pone en discurso una experiencia diversa que no busca, no puede, sintetizarse en un lugar común.

Ante la imposibilidad de profundizar en la verdad, los posmodernos la desenmascaran, la deconstruyen utilizando no el modelo “raíz”, sino el modelo “rizoma” (Deleuze-Guatarri) o “radicante” (Bourriaud). No buscan llegar a la verdad, sino reconocer el modo en que ha sido producida. Y siempre se puede ir más atrás en la genealogía, por lo cual Derrida afirma que la deconstrucción es “un acrecentamiento genealógico, no una demolición”. El término acrecentamiento indica que la tarea nunca está completa, pues siempre se puede incorporar nuevos datos “genéticos” (Oliveras 18).

El movimiento de escribir-se, de poner el cuerpo como presencia tematizada en el discurso, ocupa un lugar legítimo en el espacio público.

¹ Lo íntimo no es comunicable, no se hace discurso. Lo íntimo es cuerpo y sujeto, y nada más. Sujeto intencionándose a sí mismo. Lo íntimo negocia con una noción de lo que no se realiza porque es un lugar de pura subjetividad. Algo que podríamos entender como un *sujeto ensimismado*. Lo público y lo privado, en cambio, implican movimientos hacia *afuera*, movimientos de intersubjetividad. Implican modos (o reglas) que permiten, y determinan, formas de negociación del sujeto con otros.

Constituye el acto por el cual el sujeto asume la responsabilidad de sí ante una comunidad que lo valida.

La figura existencial, que ya basta pero insiste, es yo. Como consecuencia de la existencia, cada uno es responsable de sus actos, vale decir, de lo que ese dispositivo de pensamiento y producción de subjetividad predispone como actos del sujeto que se llama yo. La querrela jurídica, moral, psicoanalítica, política, sociológica, disputará acerca de los bordes; pero la condición a priori del sujeto que ha de hacerse responsable está cartesianamente fuera de duda.

Hacerse responsable, ante todo, es hacerse. La responsabilidad no es un predicado de la existencia sino una operación que la hace posible (Lewcowicz 211).

La intención es reconocer cómo ambos ámbitos constituyen espacios de gestión del sujeto, e implican atribución de roles o de funciones y normas de funcionamiento e intercambio. Su fuerza es significativa ya que le otorgan al sujeto un significado, un sentido que se valida socialmente, esto es intersubjetivamente. De este modo, operan como un movimiento trascendente: el sujeto se nombra, y se realiza, como un lugar para otros o desde otros.

¿Qué dice el “yo”?

¿Qué hay detrás de la voz que dice “yo”? ¿Cómo se recupera la referencia del “yo”? ¿Cuál es su antecedente?

El sujeto nace de un movimiento de tensión hacia el sentido, en un deseo de poner el mundo, como cosa significativa, delante de sí. El origen de la subjetividad se reconoce en la experiencia del desgarramiento de sujeto y mundo.

La palabra desgarramiento es perturbadora. Habla de una escisión violenta. No es un separar, es un arrancar. Y eso implica dolor, sufrimiento. Allí se reconoce la pasión hegeliana, en ese intento por recuperar la totalidad del sujeto desvinculado cartesiano, de ponerlo en el cuerpo, de situarlo en el

mundo. De construir, en ese movimiento, una historia propia que consiste en conservar, y suprimir, el recuerdo trágico de la escisión.

En esa historia de desprendimiento, la subjetividad consiste en un movimiento intencional de ponerse frente a la diferencia, a la falta, a la ausencia que ahora es el objeto. Es un *oponerse*, un ponerse ante su opuesto. El sujeto se hace en este movimiento de negación de lo que es para llegar a su ser "verdadero". El ser negado en el no-ser construye su sentido, recupera su unidad en un ser de orden superior.²

Dos lógicas reconozco en este ejercicio del "yo" que hace centro en el discurso: una performativa y otra, recursiva.

Dice Zizek que

En esto consiste la lección fundamental de Lacan: si bien es cierto que cualquier objeto puede ocupar el lugar vacío de la Cosa, sólo puede hacerlo por medio de la ilusión de que siempre estuvo allí, es decir de que no lo pusimos nosotros, sino que *lo encontramos como respuesta de lo real* (62).

Ese "real encontrado" es una construcción. Constituye una primera acción de sujeto. Un primer movimiento de intervención en ese afuera, cada vez menos sólido, que llamamos realidad. Es una puesta de sentido que tiene como función primordial superar la instancia de perplejidad.

Ante la experiencia de la *perplejidad*, el sujeto responde asumiendo la incertidumbre. Es una estrategia que busca hacer pie no en una verdad sino en un movimiento, en una dinámica que se sustenta en la acción. Ya que no hay acuerdos previos que determinen, y garanticen, su validez. La subjetividad contemporánea está marcada por una constante incertidumbre que, lejos de leerse como negatividad, consiste en una apertura a diversas posibilidades con poca o ninguna jerarquización. Resulta de asumir el origen

² Así opera el movimiento dialéctico, que es lo que se conoce como método ascensional, como un movimiento de totalización que se niega en su destotalización para sintetizarse en una retotalización, en una instancia de superación.

contingente de la subjetividad. El sujeto es un emergente de ciertas condiciones de posibilidad

Nuestra perplejidad es actual, bien actual. No procede de nuestro desconocimiento sino de la indeterminación intrínseca de la realidad social. O mejor, de nuestros modos de producción. Pues los modos de producción de realidad actuales imponen irreductiblemente la heterogeneidad y la contingencia (Lewcowicz 178).

Una vez que las condiciones cambian, el sujeto ya es otro. (Por eso cuestan tanto las cuestiones vinculadas con la noción de *identidad*,³ un lugar recurrente en las modernas lógicas del Estado).

El término fluidez lo rescato de una serie de metáforas con las que contamos para nombrar la vida presente. Algunas siguen reproduciendo el paradigma moderno, con apegos y rechazos, como pliegues. Eso sucede con los términos *modernidad tardía* y *posmodernidad*, que fueron los primeros intentos por nombrar una diferencia que la modernidad ya no podía contener. No designan lo mismo, pero ambos son lugares fuertemente arraigados en la tradición. Muestran su dependencia con el modelo precedente. Algo semejante ocurre con el término reciente de *metamodernidad*.

Cuando optamos por el término *contemporaneidad* (o *mundo contemporáneo*), nos situamos en un presente que nada define. Todo mundo es contemporáneo a la existencia del sujeto que lo intenciona. Aunque resulte una obviedad escribirlo, la vida es la condición de posibilidad de los sujetos y la vida requiere estar siempre situada.

³ Hay otros lugares de detención muy frecuentes que aún gozan de buena reputación: *compromiso*, *coherencia*, *consistencia* como atributos de sujeto. Al igual que la *identidad*, arrastran al sujeto a la reproducción. No sé si les queda claro, pero lo condenan a permanecer atado a su historia. Lo condenan a la inmovilidad, a la alienación, a la locura. Recordemos que si hay una idea (hegeliana) compatible con la de sujeto es la de movilidad constante.

El término *fluidez*⁴ es un intento por apartarse de la deixis de producción. Ofrece algo, aunque sea débil aún, que nos permite describir la cosa observada y no el aquí y el ahora del sujeto que observa.

La vida en la fluidez se caracteriza por la movilidad y la dispersión. Los fluidos se acomodan al espacio, su forma es contingente y, por lo tanto, al no reconocer una necesidad o pertinencia en la forma no buscan mantenerla en el tiempo; es frecuente que haya constantes alteraciones, ya que no hay una forma que conservar.

Si tenemos la percepción, y la tenemos en el cuerpo, del cambio de paradigma es porque el modo en que se vivía, y se explicaba la vida, hace varias décadas atrás resulta, si no obsoleto, al menos ineficiente. Los planteos cada vez más extendidos del desfondamiento, o la fluidización, del Estado como sistema regulador de la subjetividad, ponen en evidencia la pérdida de funcionalidad de la dinámica de lo público y de lo privado que explicaba la vida de los sujetos.

Lewcowicz explica las formas de existencia de la modernidad y de la fluidez recurriendo a los pares: héroe/modernidad, habitante/fluidez. Revisemos:

En un caso, el héroe; en el otro, el habitante. La responsabilidad actual no carga heroicamente sobre el sujeto; lo configura. Mientras el héroe era previamente responsable, el habitante se vuelve responsable en la experiencia. El habitante hace de la responsabilidad subjetiva su condición de existencia (Lewcowicz 214).

⁴ “La ‘fluidez’ es la cualidad de los líquidos y los gases. [...] Los fluidos se desplazan con facilidad. [...] La extraordinaria movilidad de los fluidos es lo que los asocia con la idea de ‘levedad’. Hay líquidos que en pulgadas cúbicas son más pesados que muchos sólidos, pero de todos modos tendemos a visualizarlos como más livianos, menos ‘pesados’ que cualquier sólido. Asociamos ‘levedad’ o ‘liviandad’ con movilidad e inconstancia [...]. Estas razones justifican que consideremos que la ‘fluidez’ o la ‘liquidez’ son metáforas para aprehender la naturaleza de la fase actual –en muchos sentidos nueva– de la historia de la modernidad” (Bauman *Modernidad líquida* 7-8).

Rescato el uso del adverbio: previamente. No hay aprioris. No hay tal cosa como un diseño previo en el espacio caótico y desperejo de la vida contemporánea. No hay recorridos trazados. No hay mapas que tracen recorridos. Hay experiencia en el territorio. El espacio se habita, se toma, se ocupa.

En la unión con lo otro, con el mundo, el “yo” se realiza, se dice en discurso. Se tematiza. Frente a la mirada de lector, el sujeto de la enunciación actúa el movimiento de la “existencia” en el espacio del texto. La performatividad opera como lógica existencial.

La perplejidad resulta de la necesidad de configurar, desde el discurso, el espacio público y, complementariamente, el lugar del sujeto en dicho espacio. Pero, además, de configurar-se como sujeto.

Ese sujeto devenido de la síntesis es un ser *recaído en la inmediatez*. Ha olvidado la historia de su escisión, de sus enfrentamientos, pero esa historia se halla contenida, conservada en él, aunque ya superada. Es uno mismo hacerse otro, hacerse extraño⁵ en la escritura. Y esto, a su vez, implica una lógica recursiva que, si bien opera primariamente como repetición, es una repetición siempre creativa, ya que la “*iteración da lugar a un inédito estado de cosas, fomenta la variación, potencia la capacidad de adherir con ductilidad a situaciones imprevistas*” (Virno *Y así sucesivamente* 52).

Superar consiste en un regreso trascendente, siempre otro. Es un recrear la experiencia.

Superar *siempre y cada vez de nuevo* el límite significa, sí, reavivarlo *da capo*, pero en un nivel de mayor generalidad y, por ende, como un límite *siempre nuevo*. Consiste, sin embargo, en una ‘creatividad’ no poco extravagante, cimentada sobre la monótona presentación

⁵ En una acepción ampliada, “extrañar”, por una parte, remite a recordar, cuando no anhelar, una presencia. Por otra parte, permite leerse como hacer extraño algo, hacer que algo deje de ser una cosa para ser, o parecer, otra.

iterada del idéntico núcleo de experiencia (Virno Y así sucesivamente 53-54).

Las escrituras del yo, con la construcción de espacios biográficos de (auto)referencia, consisten en este ejercicio de recursividad, en este movimiento del sujeto sobre sí mismo. El sujeto se pone como otro, en una dinámica dialéctica que opera como un o-ponerse. Es un movimiento de volverse sobre sí para hacerse otro, en una recursividad que no consigue hacer síntesis. Es una puesta en abismo que tiende a infinito.

Invalidar la contrastación

En los modelos semióticos contemporáneos, la tarea de “referenciar” sujeto consiste, más bien, en un leer sujeto, en un construir sujeto como resultado de la acción discursiva. No se reconoce una existencia a priori que pueda ser comprobada o validada en un ejercicio de contrastación con un modelo. Ya que narrar o relatar sujeto es equivalente a hacer sujeto. De aquí la generosidad del criterio de autoficción, que nos permite, especialmente, flexibilizar las lecturas referenciales.

Las experiencias de contingencia y de perplejidad exigen una reconstrucción del sistema de coordenadas que permita resignificar el lugar del sujeto en ese nuevo sistema. Si la lógica semiótica es el lugar no anticipado de la fluidez, no se dispone de marcas, en el sentido de reglas o contratos previos, de referencia. Por ende, es el discurso el primero y el único espacio en donde se reconoce la existencia del sujeto.

De aquí que leer el “yo” como sujeto de la enunciación instala una instancia de mediación. Es un momento de detención que demora la articulación con el extratexto. Es una semiosis de interface que posibilita una negociación entre las informaciones extratextuales y las múltiples posibilidades autorreferenciales que se despliegan, y reconocen, en el discurso.

Las estrategias de contrastación y de ficción, como estrategias diferenciadas que permitían leer y gestionar discursos, se vuelven poco funcionales para leer el “yo”. La contrastación con el modelo extratextual resulta insuficiente, cuando no inútil, para recuperar el sentido cabal del sujeto que asume escritura.

Autoficción como relato de sí que tiende trampas, juega con las huellas referenciales, difumina los límites –con la novela, por ejemplo–, y que, a diferencia de la identidad narrativa de Ricoeur, puede incluir también el trabajo del análisis, cuya función es justamente la de perturbar esa identidad, alterar la historia que el sujeto se cuenta a sí mismo y la serena conformidad de ese autorreconocimiento (Arfuch 105).

La ficción pone al sujeto frente a sus propias prácticas de sentido. Propias porque lo hacen propio, lo hacen pertenecer a una comunidad semiótica dada. Prácticas que no sólo significan las producciones literarias, sino toda producción de sentido. Incluso, y especialmente, aquellas que nos dicen la *verdad* del mundo.

A pesar de que algunos otorgan valor de realidad a determinadas ideas y situaciones, no debemos perder de vista que son construcciones. La diferencia con lo ficcional está en que gozan de un consenso circunstancial de atribución de realidad. Podríamos llegar a decir, entonces, que lo “real” no es más que un modo de producción de ficciones a las que un grupo asigna el valor de pertenecer a la realidad (Oliveras 29).

Los discursos instalan la realidad, que deja de funcionar como contexto de interpretación para hacerse centro mismo del enunciado.

De lo público y de lo privado. La dinámica del desplazamiento.

Ponerse en escritura es desplazar, es sustituir experiencia por palabra. Es trasladar cuerpo y afectos al relato del cuerpo y sus afectos. El sujeto escriturario se realiza en un lugar oscilante entre lo público y lo privado. Como sostiene Arendt, “*las dos esferas fluyen de manera constante una sobre*

la otra, como las olas de la nunca inactiva corriente del propio proceso de la vida” (45).

Dos esferas en movimiento constante pero regular, regulado por una lógica de diferenciación que permite reconocer bordes, que legisla acerca de las atribuciones de sujeto en cada una de ellas.

La palabra “público” significa dos fenómenos estrechamente relacionados, si bien no idénticos por completo.

En primer lugar significa que todo lo que aparece en público puede verlo y oírlo todo el mundo y tiene la más amplia publicidad posible. Para nosotros, la apariencia –algo que ven y oyen otros al igual que nosotros– constituye la realidad. Comparada con la realidad que proviene de lo visto y oído, incluso las mayores fuerzas de la vida íntima –las pasiones del corazón, los pensamientos de la mente, las delicias de los sentidos– llevan una incierta y oscura existencia hasta que se transforman, desindividualizadas, como si dijéramos, en una forma adecuada para la aparición pública (Arendt 59).

El sujeto en escritura es público, es de público conocimiento. Y hacerse público implica, en la lógica moderna del Estado, asimilarse al modelo que organiza lo que es susceptible de ser “realizado” en el espacio público. Las experiencias privadas deben ser transformadas, alteradas, para alcanzar la “dignidad” de lo público. Porque, en este sentido, lo privado es aquello que no requiere ser puesto en discurso, y menos aún en escritura.

Con respecto a esta múltiple significación de la esfera pública, la palabra ‘privado’ cobra su original sentido privativo, su significado. Vivir una vida privada por completo significa por encima de todo estar privado de cosas esenciales a una verdadera vida humana: estar privado de la realidad que proviene de ser visto y oído por los demás, estar privado de una ‘objetiva’ relación con los otros que proviene de hallarse relacionado y separado de ellos a través del intermediario de un mundo común de cosas, estar privado de realizar algo más permanente que la propia vida. La privación de lo privado radica en la ausencia de los demás; hasta donde concierne a los otros, el hombre⁶ privado no aparece y, por lo tanto, es como si no existiera. Cualquier cosa que realiza carece de significado y

⁶ El término “hombre” como equivalente, por defecto de generalización en el masculino, a “ser humano” es textual. Aunque no me resigno a pasarlo por alto.

consecuencia para los otros, y lo que le importa a él no interesa a los demás (Arendt 67).

En la obra de Arendt, se lee una dimensión de lo público que nuestra vivencia contemporánea no termina de asimilar. Es lo público como lugar de realización máxima del Estado. Es el lugar en donde se justifican y se desarrollan los atributos del sujeto ideal del Estado hegeliano. Donde el sujeto adquiere su verdadera dimensión. Y cuando digo “verdadera”, estoy diciéndolo en términos dialécticos, de superación del ser anterior. El sujeto público es un sujeto que, como resultado de los movimientos de conciencia, ha llegado a su *ser verdadero*. Hay en este movimiento toda una lógica de desprendimiento que hace del sujeto público un ser de orden superior. De aquí la trascendencia.

Hay en este planteo una noción de *lo privado* que se entiende como subsidiario de *lo público*. En algún sentido, opera como un resto, como entropía. Tal vez, si podemos admitir esta relación, nos resulte más fácil reconocer el movimiento de tensión que termina desplazando la vida privada de los sujetos a los “lugares” públicos. Ese resto no nombrado, no apto para aparecer en público, se hace cada vez más denso y, por eso, se hace insoportable. Los muros que guardaban y escondían las diversas realizaciones de la subjetividad comienzan a filtrar su contenido: asuntos, formas y usos de la voz imprevistos, desregulados.

Como escribe Paolo Virno, “‘Privado’ no significa solamente algo personal, que tiene que ver con la interioridad de Fulano o Mengano; privado significa ante todo ‘privo’, desprovisto, desposeído: privado de voz, privado de presencia pública” (*Gramática de la multitud* 14-15). La macrosemiótica moderna, o del Estado, no admite una dimensión privada de sujeto susceptible de ser puesta en escritura. El sujeto individual encuentra, en este sentido, una forma de trascendencia en el sujeto ideal del Estado, esa síntesis hegeliana que propone una forma superior de sujeto. De ahí que, el sujeto individual, es decir la realización privada de sujeto, sea intelegida como un

resto, como un vestigio. Porque, como sostiene Virno, “[en] aquello que tiene propiamente de singular, el individuo parece inefable.” (*Gramática de la multitud* 15-16).

Ahora bien. Las escrituras contemporáneas, estas llamadas “escrituras del yo”, dan cuenta de una disfunción en la dinámica de las esferas de lo público y de lo privado. Reclaman un intento por revisar y reinterpretar esas esferas. Y la primera marca de la disfunción que requiere una revisión es la metáfora de “esferas”. Hace ya tiempo que se utiliza el término “espacio” como una sustitución.

¿Qué diferencia hay entre esfera y espacio? La metáfora de la esfera es demasiado equilibrada, demasiado perfecta, para describir los actuales ámbitos de experiencias. Es por eso que prefiero el término “espacio”. No está restringido por una forma específica y es más apto para negociar con lo diverso y lo caótico. Hablar de espacio público y de espacio privado nos permite pensar en que son moldeables, que su forma se adaptará a las múltiples necesidades de sujetos múltiples. Y, en la actualidad, la vivencia de ambos espacios es diversa. Tal vez ahora se entienda mejor la metáfora de los *desplazamientos*. Es una metáfora espacial que ayuda a salir de las esferas y a habitar el territorio de la vida como un lugar de contigüidades, de continuidad.

Como ocurrió con todas las instituciones de encierro típicas de la sociedad industrial [...], esos muros sólidos, opacos e intransponibles súbitamente se han vuelto traslúcidos. La función de las viejas paredes del hogar consistía, precisamente, en obtener el máximo provecho de dichas características: eran sólidas, opacas e infranqueables porque debían servir como un refugio para proteger a su morador de los peligros del espacio público y ocultar su intimidad a los curiosos ojos ajenos. Pero ahora esos muros se dejan infiltrar por miradas técnicamente mediadas –o *mediatizadas*– que flexibilizan y ensanchan los límites de lo que se puede decir y mostrar. [...] la vieja intimidad se transformó en otra cosa. Y ahora está a la vista de todos (Sibilia 92-93).

¿En qué queda entonces la diferencia (que se presentaba de un modo tan claro para Arendt) entre lo público y lo privado?

Creo que si lo planteamos en términos borrosos, podríamos encontrar una respuesta. Esto es, tomar la acción del sujeto (en nuestro caso, el discurso) e interpretar su funcionamiento; recuperar los criterios que nos permitan leer en qué medida aparece el sujeto, con qué formas se realiza y a qué criterio de organización atribuimos esas formas.

El espacio público consiste, en el mundo contemporáneo, en un espacio diverso. Esa desregulación que podíamos observar en la vida privada, ahora se observa en la vida pública. Del mismo modo, los mecanismos de control y de homogeneización del Estado intervienen en la cosa privada y, en alguna medida, la regulan. En esto consisten los desplazamientos. Dejan zonas mestizas. Lugares aptos para pensar diferencias.

Las esferas de lo público y de lo privado, como modelos diferenciados, ya no explican las formas de realización de la subjetividad. Los sujetos contemporáneos ocupan el espacio público y de ese modo legitiman su existencia. La experiencia de lo íntimo, antes encerrada en el cuerpo y no nombrada, ahora también aparece en escritura.

Ya no se percibe el mandato de “alterar”, de hacer otras, las experiencias de lo privado o de lo íntimo para que gocen del privilegio de ser públicas. Se ponen en discurso. Es así como el sujeto “hace” cuerpo y afectos en el discurso.

[...] hay un desplazamiento hacia la intimidad: una curiosidad creciente por aquellos ámbitos de la existencia que solían tildarse de manera inequívoca como privados. A medida que los límites de lo que se puede decir y mostrar se van ensanchando, la esfera de la intimidad se exagera bajo la luz de una visibilidad que se desea total. De manera concomitante, el silencio y el vacío invaden los ámbitos considerados públicos. [...] ¿Qué resta, entonces, de la vieja idea de intimidad? ¿Qué significa ‘público’ y qué sería exactamente ‘privado’ en este nuevo contexto? Las fronteras que separaban ambos espacios en los que solía transcurrir la existencia

están desintegrándose, en medio de una crisis que desafía dichas categorías y demanda nuevas interpretaciones (Sibilia 41-42).

El desplazamiento que provoca el “yo” fluido en escritura no es un movimiento unidireccional. Es, más bien, un movimiento aleatorio, contingente y lábil.

Lo que intento leer en la noción de desplazamiento implica un movimiento oscilatorio constante y solidario con la lógica de los fluidos o de la contingencia.

La multitud contemporánea no está compuesta ni por ‘ciudadanos’ ni por ‘productores’. Ocupa una región intermedia entre lo ‘individual’ y lo ‘colectivo’. Para ella no vale de ningún modo la distinción entre ‘público’ y ‘privado’. Y es justamente a causa de la disolución de estas duplas durante tanto tiempo tenidas como obvias que no se puede hablar más de un *pueblo* que converge en la unidad estatal. [...] es preciso reconocer que la multitud no se contrapone al Uno, sino que lo redetermina. Inclusive los muchos necesitan una forma de unidad: pero –aquí está el punto clave– esta unidad ya no es el Estado, sino el lenguaje, el intelecto, las facultades comunes del género humano (Virno *Gramática* 16-17).

El sujeto contemporáneo no se deja atrapar en la síntesis dialéctica. No consigue hacer síntesis porque no hace historia en el tiempo sino en el espacio. La dialéctica contemporánea es una dialéctica que se ensancha, que se mueve espacialmente. Es un movimiento de dispersión en el espacio. Obviamente sucede en un tiempo, pero el movimiento es perceptible en el espacio.⁷ Es un observarse ahora, sí, en este espacio que ocupa el cuerpo. En el espacio de la palabra en escritura.

De la contrastación a la veridicción

Las indagaciones frecuentes acerca de los discursos autobiográficos, y sus múltiples y renovadas variantes, constituyen intentos por nombrar las formas de validación de estos discursos en la forma de pactos de lectura.

⁷ En el presente, el sujeto puede percibir las dimensiones del espacio, nunca las del tiempo, que se disuelve en la lógica del instante.

El recorrido se inicia con el “pacto autobiográfico”, esa propuesta de Philippe Lejeune que se funda en la contrastación, nunca plena y siempre gradual, con un modelo extratextual. Continúa con la lectura de un discurso híbrido, en lo que respecta a la atribución de verdad, que se reconoce en el llamado “pacto ambiguo”. Y se nos presenta, actualmente, como lo que podríamos llamar un “pacto veridictivo” que consistiría en esta garantizar verdad en el discurso. Todos constituyen modelos interpretativos que resultan de una dinámica de desplazamiento y de dispersión.

Si el sujeto moderno busca asumirse en un discurso de verdad, el sujeto fluido se reconoce en la honestidad. Y no hay mayor honestidad que la de leer: “yo que escribo”. Es una fórmula que reduce la distancia que va de la experiencia al relato de la experiencia. Se ubica en el borde del cuerpo. En la proximidad del acto.

Cuando leemos “yo”, leemos escritura. Sólo eso y todo eso. Leemos un sujeto disperso en la escritura. Y con cada lectura recupera una dimensión del sujeto puesto en escritura. El sujeto discursivo es un sujeto en acción, siempre dinámico, siempre diverso. Puesto en discurso para ser recuperado en alguna medida, de alguna manera.

De ahí esa hondura del “yo”, esa profundidad que se abre en el discurso cada vez que se pliega en el sujeto de la enunciación. No hay una sola respuesta válida como resultado interpretativo. Interpretar sujeto es, también, hacer sujeto.

El ser humano metamoderno apunta, en consecuencia, a una presencia futura que no tiene futuro claro y es precisamente a través del arte que llegaremos a visualizar el corrimiento – nietzscheano- del horizonte. En otras palabras, en tiempos metamodernos se pretende llegar a la verdad, o a una salida, aun sabiendo que nunca se llegará a encontrarla (Oliveras 35).

La estrategia de la verdad situada se aparta de una verdad trascendente. Esto es de una verdad que se instala *per se* en el extratexto. No se reconocen modelos extratextuales como entidades observables que puedan usarse

como criterio de validación. Sólo hay una voz que se dice y, en ese mismo acto, dice su propia verdad. Es una apuesta de fe. Es un tomar la palabra sin la prueba de la contrastación.

La intensidad de las escrituras del “yo”, su belleza, consiste precisamente en esto: en este atravesar el espejo para ver qué hay del otro lado. Aunque no haya otro lado y la cuestión sea sólo un atravesar.

Bibliografía:

Arendt, Hannah. *La condición humana*. Buenos Aires, Paidós, 2013.

Arfuch, Leonor. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

Lewcowicz, Ignacio. *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires, Paidós, 2008.

Oliveras, Elena. *La cuestión del arte en el siglo XXI. Nuevas perspectivas teóricas*. Buenos Aires, Paidós, 2019.

Sibilia, Paula. *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013.

Virno, Paolo. *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires, Colihue, 2003.

Virno, Paolo. *Y así sucesivamente, al infinito. Lógica y antropología*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013.

Zizek, Slavoj *Mirando al sesgo*. Buenos Aires, Paidós, 2006.